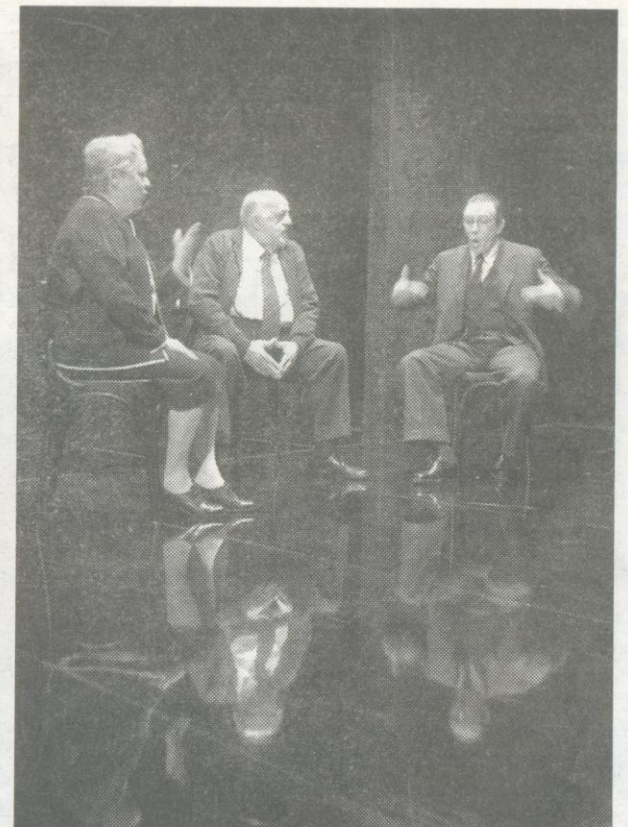


Los tres protagonistas, en una de las escenas de 'Copenhague', sobre el escenario de Tantín.

COTERA



Otro de los momentos de la obra.

COTERA

Osadía, fisión e incertidumbre

G. MORAL ALVAREZ

LA XIII Muestra Internacional de Teatro Contemporáneo del centro cultural Modesto Tapia, en Tantín, se abrió este pasado fin de semana con un estreno absoluto. La versión española de *Copenhague*, un texto de Michael Frayn ahora adaptada por Charo Solanas a nuestro idioma.

Se trata de una obra densa en contenido y que requiere de actores que, además de una rotunda presencia sobre las tablas sean capaces de hacer atractivo un trasunto duro y complejo. Sus

herramientas han de buscarlas en la interpretación sin más artificios; en crear un personaje que viva para la escena y que viva para nosotros, un público sobrecogido y cada vez más interesado por la física nuclear que nos atrapa junto a la trama.

El discurso temporal tampoco es sencillo. Momentos que saltan entre fechas determinadas y momentos de indeterminación relativa, todo relativo como en la teoría de Einstein, todo lleno de incertidumbre como en el planteamiento de Heisenberg. Recursos de luz y narraciones dentro del diálogo ayudan a superar el

tiempo, y el espacio y la materia. Ayudan a fusionarse -¿fisionarse?- con las moléculas de la atención, con el núcleo de la obra: el compromiso del hombre ¿con el hombre o con la ciencia? Una duda que se pega a la cabeza con la angustia de saber que es cierta. Como cierta fue la explosión de la bomba atómica y como ciertos fueron sus efectos.

Proponer una obra como ésta en los tiempos que corren, cuando el teatro ha aprendido a ser comercial mediante argumentos sencillos y conocidos, es una osadía que hay que apreciar en lo que vale. Regresar a las épo-

cas del compromiso con el mundo, buscando mensajes y reflexiones que exijan del público mucho más que su presencia en la sala supone un balón de oxígeno que revitaliza la escena.

El responsable del atrevimiento es el director de escena Román Calleja, que regresa a los escenarios para emocionarnos y sobrecogernos. Para cautivar una escena sin más recursos que los humanos. Nada de grandes sorpresas, nada de efectos. Sobria dirección que pide a los actores que hagan sencillamente teatro: una máxima que no siempre está vigente.

Los tres nombres en escena está inmensos en una actuación que convence y atrapa. Dotan de vida a personajes históricos y lo hacen sin reparar en desgaste, suponemos, personal. Unas interpretaciones que van perfilando seres muy cercanos. Con emociones, con alma, con carne y corazón, con inquietudes, con pasado y en ocasiones con algo de futuro. Con presente en cada segundo transcurrido desde que se levanta el telón.

La producción usa la luz de forma sabia, sin estorbar y pintando levemente estancias y épocas imaginadas o recordadas. La música, por su parte, es también un discreto apunte que al principio pueda parecer errante pero que acaba siendo muy emotiva.